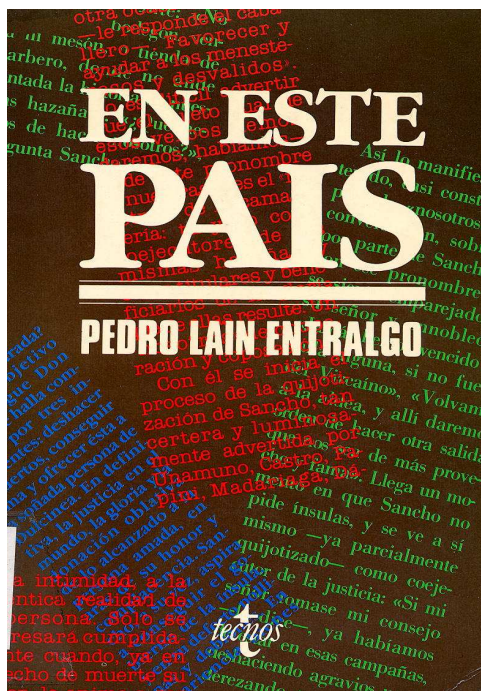


## COMENTARIOS LAINIANOS –

### En este país: El patriotismo responsable de Pedro Laín

Por Antonio Villanueva

**D**edicamos esta sección a comentar las obras fundamentales de Pedro Laín Entralgo, su contenido, por qué las escribió, lo que nos quiso decir...



En esta ocasión, hemos elegido una colección de artículos, publicados en forma de libro bajo el título general de *En este país* (Madrid, Tecnos, 1986), donde aparece la preocupación de nuestro ilustre paisano por el problema de España, su presente y pasado y, sobre todo, la futura convivencia entre españoles de distintos credos y tendencias.

Fue Laín un patriota español preocupado por la historia última de su patria y la sangrienta guerra civil que le tocó vivir y padecer. Los artículos de *En este país* tratan, pues, del tema de España, tan grato a Laín y sobre el que escribió varios libros a lo largo de su dilatada trayectoria (*Sobre la cultura española, Menéndez Pelayo, La generación del 98, España como problema, Una y diversa España, A qué llamamos España*).

Varios ensayos del volumen están consagrados a españoles destacados (Federico Rubio, Santiago Ramón y Cajal, Marcelino Menéndez y Pelayo, Miguel de Unamuno, Pío Baroja, José Martínez Ruiz "Azorín", Niceto Alcalá Zamora, José Ortega y Gasset, Américo Castro, Juan Peset, Dámaso Alonso, Xavier Zubiri).

Otros tratan temas de actualidad, como el reto para España de ingresar en la Comunidad Económica Europea, hoy Unión Europea, o la visión de la guerra civil según lo que ella fue para las cuatro generaciones que entonces convivían en España.

Comenta Laín sobre el título del libro:

"Su título dice *En este país*, pero también podría decir *En mi país*. Tanto más, cuanto que en él predomina ampliamente el recuerdo de personas, obras y conductas que de manera eminente contribuyen a que *este país*, España entrañablemente, sea *mi país*".

*En este país* es un libro que proyecta una imagen positiva de Laín, como hombre tolerante, habitado por la inteligencia. Habla el autor de convivir, de superar la guerra civil, de regenerar España, de modernizarla y abrirla a Europa. Teme los regionalismos separatistas, como antes que él los temió Cajal. Se extasía ante el *Quijote*. Habla de Giner de los Ríos, de Niceto Alcalá Zamora, de Besteiro y otros progresistas republicanos con admiración y respeto. Admira sobre todos a Ramón y Cajal. También a Menéndez Pelayo, Unamuno, Ortega, Zubiri, Baroja y *Azorín*. Protesta por la separación de las dos Españas. No le gustan los chascarrillos y chanzas insustanciales del vulgo, etc. Laín, como Ortega, como Unamuno, tenía una gran vocación pedagógica. Su fe era la educación, sobre todo universitaria. Y de la universidad, de la excelencia de sus maestros, su imparcialidad y abnegación, esperaba grandes cosas.

A continuación, comentaremos los artículos que forman el volumen:

\* \* \*

- **La convivencia entre Don Quijote y Sancho**

En este artículo habla Laín de uno de sus temas favoritos (cada autor tiene los suyos), estudiado en múltiples ocasiones: la amistad. Pone a los dos personajes cervantinos, Don Quijote y Sancho, de modelo de convivencia pacífica. Habla del proceso de quijotización de Sancho y del de sanchización de Don Quijote.

Dice que entre ellos existe camaradería, ayuda y projesimidad, amistad por último. En la ayuda, distingue el consejo, la enseñanza y el auxilio (que puede significar remedio) y si se establece con reciprocidad, es decir, si es ayuda mutua, supone también projesimidad. En cuanto a la amistad, supone intimidad y confianza. Y todo ello tuvieron Don Quijote para Sancho y Sancho para Don Quijote, convertidos así en modelos de convivalidad para los españoles, tan dados a aventuras (desventuras, por mejor decir) bélicas instestinas.

- **El Hidalgo y el Amigo del País**

Son dos figuras del Antiguo Régimen, de la España anterior a la Guerra de la Independencia. El hidalgo se presenta con su espada y su capa, es altanero, orgulloso, persigue el prestigio social. El amigo del país, en cambio, es práctico, reformista, industrial y amigo de lo utilitario. Laín se fija en estas dos figuras de la vetusta España, manifestando su característico desdén hacia lo popular y el tipismo:

"Queda aparte el Pícaro, no menos representativo, aunque bastante menos noble" (p. 23).

El pícaro, como representante del vulgo, de las clases populares de ingenio agudo, pero no intelectualizadas, no le interesa. Sin embargo, se ocupa del hidalgo que, aunque ocioso, procede de una clase social superior, y del amigo del país, que es un reformista ilustrado.

Dice Laín que el amigo del país fracasó<sup>1</sup> principalmente por dos razones:

- la inadecuación histórica española, que lleva al inmovilismo y a querer conservar —caso de las clases poderosas— los privilegios heredados;
- la invasión napoleónica, que convertirá a los afrancesados en traidores a la patria y llevará a la persecución de los liberales.

Al tiempo de este fracaso, y por compensación, se produce una reviviscencia a destiempo del hidalgo, digno y ocioso, despreciador absoluta de la ciencia, el trabajo, la tecnología. De este hidalgo redivido surgen el hidalgo que mira al pasado y quiere las leyes viejas y las creencias antiguas, que es el carlista; y el hidalgo que mira hacia el futuro, con idealismo y ociosidad, que es el liberal, capaz de pasar hambre y ser orgulloso, ansioso de la fama, capaz también de ocio y crueldad a partes iguales.

Laín propone un regeneracionismo a lo Costa, "la cuarta salida de un Don Quijote cuerdo". Cita a Giner de los Ríos, Pablo Iglesias, Torres Quevedo. Y dice que el español más valioso de su generación fue el sabio Cajal y el segundo, Menéndez Pelayo. Lo que propone Laín es unir los dos arquetipos patrios, el del hidalgo y el del amigo del país, para bien de la patria.

#### • **El reto de Europa**

Laín reflexiona sobre el reto que supone para España el ingreso en las instituciones europeas<sup>2</sup>. Para ello revisa nuestra historia y concluye que es poco europeo nuestro atraso en filosofía y ciencia y también nuestra inclinación excesiva a las guerras civiles, nuestra deficiente convivencia nacional. Sin embargo, cree comparables a la mejor cultura europea las aportaciones de Cervantes, Calderón, Luis Vives, Velázquez, Goya, fray Luis de León, Góngora, Tirso, Galdós, Falla, Cajal, Ortega, Ors, Marañón<sup>3</sup>.

Se pregunta qué es Europa y la define como la integración de Grecia, Roma, el cristianismo y la germanidad. De Grecia proceden la filosofía (es decir, la razón, la ruptura con la mentalidad mágica) y la democracia. De Roma, las obras públicas (acueductos, carreteras...) y el derecho. Del cristianismo, el humanismo, la ética y, sobre todo, un Dios del amor. De la germanidad proviene un componente hasta cierto punto bárbaro, un ansia de superación, de invasión o dominio; ese espíritu fáustico que nos lleva a la elevación en medio de una permanente insatisfacción con lo hasta el momento alcanzado<sup>4</sup>.

Para Laín, es también apasionante la historia de la ciencia europea que, en la física, ha llevado de la teoría aristotélica del movimiento a la obra de Galileo y Newton,

---

<sup>1</sup> La historia de ese fracaso la trató literariamente como escritor de teatro en obras como *El Empecinado*.

<sup>2</sup> La cultura de don Pedro era eurocéntrica, especialmente germanista. En cierta forma, olvida las contribuciones estadounidenses. Solo se abre a América a través de la hispanidad, pero no hacia las culturas anglófonas, sino hacia Iberoamérica.

<sup>3</sup> Olvida Laín citar a Picasso, Dalí, Gaudí, Miró, Cela... Don Pedro identifica cultura básicamente con la del Siglo de Oro, más algún nombre que él considera "actual", con un personal concepto del "tiempo presente", en el que "actuales" son los autores del 98, Ortega...

<sup>4</sup> También se olvida don Pedro de hablar de la Reforma luterana, que conduciría a otra importantísima aportación europea, esta vez procedente de Francia: el laicismo, la secularización de la vida, la preeminencia del poder civil sobre el religioso, el librepensamiento.

la relatividad y la mecánica cuántica; en la astronomía, va de Copérnico al *big-bang*; en biología, pasa por el evolucionismo de Darwin para llegar a la doble hélice (ADN). De la ciencia española, destaca a Caramuel, a José Celestino Mutis, a los botánicos españoles (entre ellos, los aragoneses Francisco de Loscos y José Pavón) y, naturalmente, a su admirado paisano Ramón y Cajal.

Según Laín, tres son las lacras principales que lastran el progreso: el colonialismo, el nacionalismo y el absolutismo. Puesto que la regeneración española es su principal preocupación, se pregunta por qué España se regenera tan mal cuando otros países consiguen salir de terribles postraciones (Alemania, tras la guerra de los Treinta Años y la Segunda Guerra Mundial; Japón tras el bombardeo de Hiroshima y Nagasaki...). Y concluye que si bien nos sobró siempre osadía bélica, nos ha faltado otro tipo de intrepidez, la osadía intelectual. Necesitamos amor al trabajo, a la ciencia y la técnica, al comercio y la industria.

- **Bolívar y la vertebración de España**

Habla Laín del fracaso de Bolívar, por los mezquinos nacionalismos que impidieron la creación de los Estados Unidos de América del Sur. Bolívar le sirve de excusa para pensar sobre España y sus males, que es lo que realmente le interesa.

A Laín le preocupaba la construcción de España tras la Constitución del 78 y temía a los separatismos. Su inquietud en el 86 es la misma que tenía Cajal en plena República, en 1934 (poco antes de morir), ante el auge de los regionalismos separatistas. Acepta la diversidad regional y pide una "revisión del uniformismo y del centralismo" de los últimos siglos, pero sin rupturas de la unidad nacional. Dice que hay que revisar la historia recibida y no mostrarse orgulloso de todo nuestro pasado, la actitud correcta en esta revisión es: ni narcisismo ni masoquismo. Clama contra la Inquisición y contra el desprecio -tan español- a la ciencia. Protesta contra el privilegio heredado y pide justicia distributiva. Pero sobre todo, recrimina nuestra pasión por el "deporte nacional" de las guerras civiles. Y nos muestra el camino de una vida nueva y sugestiva, una España vertebrada en la diversidad. Procuremos "ser personas" y no "personajes". Inspirémonos en el ejemplo de los mejores. Este país necesita reforma y educación para producir una ciencia de calidad, que es su principal deficiencia histórica. Lo importante es un sugestivo proyecto de vida en común. Unidad en la diversidad, tal parece ser la fórmula lainiana, la España de las autonomías.

- **Lo que el Quijote nos regala**

En el *Quijote* no importa el paisaje ("mundo cósmico" lo llama Laín), sino el "mundo humano", el paisanaje, que es tremendamente rico. Cuenta Laín una graciosa anécdota que oyó referir a uno de sus profesores: cierta señorita pamplonesa acostumbraba sufragar todos los años una misa por el alma de Don Quijote (p. 60), con lo cual se mostraba devota cervantista, pero mala lectora, pues el maltratado viajero de la Mancha nunca morirá, ni aun habiéndolo finado Cervantes en la última parte de su irrepetible libro<sup>5</sup>.

---

<sup>5</sup> Laín tiene la misma concepción del personaje literario que otro escritor aragonés, el novelista Ramón Sender, para quien las obras maestras crean arquetipos, mitos que nunca mueren.

La libertad del hombre ha sido definida como *facultas electiva* (facultad de elegir). Pero para Laín es necesario añadir la *facultas auctiva* (el hombre como creador) y la *facultas oblativa* (el hombre como donante de sí mismo), porque el hombre es *homo elector, auctor y oblator*. Un *idem sed aliter*, siempre el mismo pero de otro modo. O como dice Zubiri, el hombre es "esencia abierta". Un ser racional capaz también de ser irracional. Como dijo Goethe, y Laín recoge: "Él [el hombre] la llama razón, mas tan solo la emplea / para ser más bestial que cualquier bestia sea".

¿Cómo mejora el hombre? Pues con el saber y con la generosidad, afirma Laín. La lectura, dice don Pedro, también recrea y nos recrea. El lector recrea lo leído y lo hace suyo, personal. También él se recrea a sí mismo, vuelve a sí mismo y se encuentra más joven y más ágil, rejuvenecido, después de haber experimentado la catarsis de la obra de arte.

No cabe duda de que el *Quijote* nos regala: es una gran lectura que siempre enseña algo.

- **Esencia del toreo**

Según Laín, el toreo es una ocasión para el lucro y el prestigio social, un momento para el lucimiento personal ("desplante") del torero y una costumbre antigua y ritual que enlaza con las tradiciones taurinas de las culturas mediterráneas. Así pues, el toreo es negocio, espectáculo y rito (rito transformado en juego desacralizado en los tiempos actuales, de secularización de la vida).

Para quien lo ve, el toreo es juego, desafío (se afronta la posible muerte del torero), poder y drama ("¿Es que hemos venido aquí para divertirnos?", le decía un viejo aficionado a un espectador juvenil).

Acaba Laín diciendo que hay hoy poca "esencia" en el toreo de hoy y, por el contrario, mucha "sustancia". Y que "Jugar es, entre otras cosas, mostrar superioridad sobre el mundo mediante la hábil y suelta ejecución de actividades no vitalmente necesarias" (p. 67).

- **Federico Rubio ante sí mismo**

El doctor Federico Rubio y Gali tiene dedicada una calle en Madrid y fue un hombre eminente, pero casi nadie conoce hoy los detalles, siquiera superficiales, de su apasionante biografía. Rubio fue liberal, federalista y republicano. Estuvo exiliado en Londres durante mucho tiempo y, al volver a España, trajo una práctica clínica europeísta. Elegido diputado en 1869, tras la *Gloriosa*, propone medidas de espíritu laico (separación del poder civil del eclesiástico) y es nombrado embajador en el Reino Unido en 1873, aventura que le duró tan poco como la propia Primera República española. Fue Rubio y Gali gran renovador de su práctica médica y pedagogo eficaz. Relacionado con la Institución Libre de Enseñanza, era amigo de Francisco Giner de los Ríos. Fundó, en 1880, el Instituto de Terapéutica Operatoria (que todo el mundo llamaba "Instituto Rubio"). La autobiografía de Rubio cuenta "tres perlas" que transcribimos aquí, tomándolas del artículo de Laín:

“Escenario, cualquier pueblo de la Andalucía Baja. Época, la postrera del reinado de Fernando VII, cuando éste a través de Calomarde, mejor hace saber lo que su persona verdaderamente es. Con Gibraltar al lado, el contrabando y el bandidaje son los dos máximos cimbeles para el campesino pobre. ¿Sólo para él? «Infestada de contrabandistas y malhechores mucha parte de España —escribe nuestro memorioso—, en ninguna había tomado el mal tan graves proporciones como en Andalucía. No individuos, no familias, no pueblos; comarcas enteras se dedicaban a la vida del contrabando, haciendo de él su casi exclusivo modo de vivir. Conventos, con sus guardianes a la cabeza, en vez de al coro, marchaban a las veredas y encrucijadas, montados a caballo sobre sus tercios, convirtiendo los claustros en depósitos de telas y tabacos. Pueblos en totalidad, con su aristocracia de aldea, nobles de blasones y aun titulados, alcalde, cura y alguacil y fiel de fechos, salían a los caminos tapadas las caras con pañuelos de seda, a emular las glorias de José María.» Bien sé que hacia 1830 no todos los conventos españoles eran equiparables a estos de la Andalucía Baja que alcanzó a ver don Federico Rubio y con tan vigorosa pincelada nos describe; pero ahí queda esa estampa para ilustración de quienes como historiadores de realidades y no sólo como esgrimidores de derechos quieran conocer por menudo la España inmediatamente anterior a la desamortización de Mendizábal.

No penosa, sino pasmosa y conmovedora es la segunda de las perlas que encuentro en estas singulares memorias. Vale la pena contarla por menudo. Aunque de familia más bien fina, como por aquellos tiempos y aquellas latitudes llamarían a la suya, la madre del doctor Rubio no fue enseñada a leer. «Ni su madre ni su abuela —se nos cuenta— quisieron que aprendiese. Decían que esto era muy bonito, pero que había de tener el peligro de los novios, cuando anduviera el tiempo; y, para evitar cartitas, las mujeres no debían saber leer ni escribir.» Pero el tiempo anduvo, y trajo consigo noviazgo y cartitas; porque el novio, futuro padre del gran cirujano, no quiso dejar de escribir a la muchacha que tan vehementemente amaba y de que tan vehementemente era amado; con lo cual, urgida por su amor, y demostrando a su manera que éste es el motor supremo del buen conocimiento, la novia inventó para sí misma un método de descifre que ni el mismísimo Champollion hubiese mejorado. «Para leer —sigue diciéndonos su hijo—, tomó un catecismo de doctrina y preguntó dónde estaban la Salve y el Padrenuestro... Acto seguido, se puso a mirar la primera letra de la primera palabra, luego la segunda y todas las sucesivas; y ella, haciendo su composición de lugar, decía: *Pa-dre*, la primera sílaba es *Pa*, la segunda es *dre*; con la punta de la tijera rayaba en el revés de una puerta una *P* y una *d* como las de imprenta. Luego venía *nues-tro*, y decía para sí: la primera es *nues*, la segunda *tro*, y rayaba en la puerta *n*, *t*. De este modo, cavila que cavila y dale que le das, con un lápiz escondido en el seno y una hoja de papel cualquiera, comparando palabras escritas en cartitas de mi padre con las del Padrenuestro y la Salve, que sabía de memoria, pudo leerlas y llegar a contestarlas.» Amor y pedagogía, diría Unamuno; amor y autopedagogía, en este caso. ¿Dónde quedan los de Baucis, Julieta y Mariana Alcoforado ante el de esta sencilla y pobre señorita de la España fernandina?

La tercera de mis perlas vuelve a ser lastimera; es la descripción de las prácticas de óptica con que ilustraba a sus alumnos don José María López, catedrático de Física, Química y Clínica médica, todo en una pieza, y hombre cuyos méritos consistían —«palabras textuales», apostilla el que fue su discípulo— en «saber más Física que Dios y más Química que María Santísima». Era el curso de 1842 a 1843; los años en que Faraday iniciaba la teoría electromagnética de la luz y toda Europa comentaba la reinventada y maravillosa óptica ondulatoria de Young y Fresnel. «La luz —explicaba a voz en grito el chiclanero don José María— es un fluido imponderable, pero no es un cuerpo simple, porque se descompone en siete colores...» No sigo. Vea el lector por sí mismo la narración completa de la escena. Perla lastimera ha sido para mí, porque ochenta y cinco años después —no en Física, desde luego, ni en Química— había yo de conocer episodios didácticos que, aunque menos pintorescos y ruidosos, no dejaban de ser semejantes a esos” (pp. 73-74).

### • La "Institución Libre de Enseñanza"

A partir del libro de Mlle. Turin, *L'éducation et l'école en Espagne de 1874 à 1902*, habla Laín de la I.L.E. y de sus gentes, Giner, Cossío y Castillejo, a los que admira profundamente por su austeridad y por la renovación ética, estética, pedagógica

e intelectual que aportaron a la España del momento. Las salidas extraescolares, a la sierra de Madrid; el gusto por las artes populares de España y otras innovaciones pedagógicas se las debemos a la I.L.E. Renovación que no se podría comprender en España sin la contribución del Instituto Escuela, de la Residencia de Estudiantes o la creación de órganos como el Centro de Estudios Históricos, la Junta para la Ampliación de Estudios, el Instituto Rokefeller.

Recuerda Laín que en la Residencia de Estudiantes, en la que él mismo vivió (fue jefe de colegio mayor y director de la misma), estuvieron Lorca, Dalí, Alberti, Machado, Juan Ramón, y que de sus laboratorios salieron Severo Ochoa y Francisco Grande Covián, y en sus aulas dieron conferencias Einstein y Bergson.

Acaba el artículo pidiendo una revisión profunda, un cambio educativo a pesar de la presión de quienes solo quiere conservar sus monopolios y privilegios.

- **El español Cajal**

Cajal es para Laín el gran sabio español, patriota y número 1 de su generación (el segundo era para él el santanderino Menéndez Pelayo). Sabio y español, español y sabio, insiste Laín en la manera de ser patriota de don Santiago, exactamente cuatro maneras, una para cada apartado de su artículo: la etapa tradicional, la regeneracionista, la laboriosa y la alarmada.

1. En la **etapa tradicional**, el Cajal joven es patriota al modo habitual. La victoria de nuestras tropas en la guerra de África, en 1860, le hace estar contento, pero en el 68, tras el triunfo de la Gloriosa, ya se ve su veta liberal que le lleva a gritar como muchos españoles "¡Viva la libertad! ¡Abajo los Borbones! ¡Mueran los moderados!", aunque le duelen ciertos extremismos, como la orden gubernativa de quitar todas las campanas de sus campanarios, excepto las de los relojes, y llevarlas a la Fábrica Nacional de Moneda y Timbre. Entre 1874-1875, está de médico militar en Cuba y saldrá de la experiencia muy crítico con las oligarquías turnantes en la política española (liberales y conservadores) cuya voracidad dineraria y propensión al abuso administrativo les impide ser generosos con las ansias autonomistas de Cuba y Filipinas; desmesura que promoverá el espíritu independentista de las colonias. Entre 1878-1883, realiza las oposiciones a cátedra, una experiencia en la que también sintió el peso del caciquismo imperante en nuestro país. Esta etapa termina con el Desastre del 98, que produce en Cajal un giro regeneracionista.

2. En la **etapa regeneracionista**, Cajal como otros españoles de su tiempo se siente atraído por la "sirena periodística", pues la prensa pedía a los notables opiniones sobre el estado de la patria y remedios para enmendar su penosa caída. Cajal escribe reclamando la regeneración española y pone como remedios el renunciar al "matonismo internacional", no exaltar hiperbólicamente nuestras medianías culturales, producir una importante renovación pedagógica que incluiría desde una mejora del sistema educativo hasta el pensionado de doctores en el extranjero y el reclutamiento de profesores cualificados. Cajal vive un regeneracionismo inspirado en Costa, Picavea, Paraíso, como otros hombres de su generación (Menéndez Pelayo, Ribera, Torres Quevedo...). Pasa del patriotismo tradicional (que le llevó a elogiar la España que fue) al patriotismo regeneracionista (que le empuja a soñar con la España que aún podría ser). Ya en 1900, renuncia a la presencia periodística y es entonces cuando pronuncia en un discurso su

famosa consigna "A patria chica, alma grande": si disminuye el territorio de España, lo que debe aumentar es su producción intelectual, su presencia cultural en el mundo, su "peso" específico en el concierto de las naciones. En 1905 se celebró el tercer centenario del *Quijote* y apenas hubo español que no estudiase o exaltase la totalidad de nuestro máximo libro o una parcela de él. Estas fueron las palabras culminantes en la personal intervención de Cajal:

«El qui jotismo de buena ley... tiene en España ancho campo en que ejercitarse. Rescatar las almas encantadas en la tenebrosa cueva del error; explorar y explotar, con altas miras nacionales, las inagotables riquezas del suelo y el subsuelo; descuajar y convertir en ameno jardín la impenetrable selva de la naturaleza, donde se ocultan amenazadores los agentes vivos de la enfermedad y la muerte; modelar y corregir, con el buril de intensa cultura, nuestro propio cerebro, para que en todas las esferas de la humana actividad rindan copiosas miles de ideas nuevas y de invenciones provechosas al aumento y a la prosperidad de la vida; he aquí las estrepandas y gloriosas aventuras reservadas a nuestros Quijotes del porvenir.»

El patriotismo crítico y operativo de Cajal alcanza así contenido y nombre; y el sabio pasa a hablar del "quijotismo de la ciencia y la técnica", como única solución para que España salga de su atraso y su aislamiento intelectual. El aislamiento y la ineducación son para Cajal las principales causas de que nuestra contribución al mundo sea tan escasa en los campos de la ciencia, la técnica y la filosofía. Cajal pide la regeneración de la patria mediante una tercera salida de Don Quijote (en realidad, según matiza Laín, sería la cuarta si se cuenta la muy breve en la que al caballero manchego lo nombran caballero en la venta).

3. La tercera etapa cajaliana es la del **patriotismo laborioso**. En 1906 el sabio recibe el Premio Nobel y es tal el chapuzón de honores... Él mismo lo describe:

«Metódica e inexorablemente se desarrolló el temido programa de festejos: telegramas de felicitación; cartas y mensajes congratulatorios; homenajes de alumnos y profesores; diplomas conmemorativos; nombramientos honoríficos de corporaciones científicas y literarias; calles bautizadas con mi nombre en ciudades y hasta en villorrios; chocolates, anisetes y otras pócimas, dudosamente higiénicas, rotuladas con mi apellido; ofertas de pingüe participación en empresas arriesgadas o quiméricas; demanda apremiante de pensamientos para álbumes y colecciones de autógrafos; petición de destinos y sinecuras... En resolución, cuatro largos meses gastados en contestar felicitaciones, apretar manos amigas o indiferentes, hilvanar brindis vulgares, convalecer de indigestiones y hacer muecas de simulada satisfacción... En España, para salir bien de obsequios y agasajos, hay que tener corazón de acero, piel de elefante y estómago de buitre.»

Tras los honores, su entrega a un nuevo qui jotismo, el del trabajo. En esta etapa publica capitales estudios científicos como *Histología del sistema nervioso del hombre y de los vertebrados* (1909-1911) y *Estudios sobre la degeneración y regeneración del sistema nervioso* (1913-1914). También desempeña la presidencia de la Junta para Ampliación de Estudios (desde 1906 hasta 1932, año en que alcanzó los ochenta de edad). En 1922, después de tantas acciones en pro de la cultura científica española, exclamaba Cajal:

«De acuerdo con el consejo del filósofo, he procurado que mi vida sea en lo posible poema vivo de acción intensa y de heroísmo tácito, en pro de la cultura científica... Séame permitido pensar que mi obstinada labor ha entrado por algo en el actual renacimiento biológico —intelectual, habría que decir— de mi país... La pretendida incapacidad de los españoles para todo lo que no sea producto de la fantasía o de la creación artística, ha quedado reducida a tópicos ramplón».



4. Y llegamos por fin a la última etapa, de **patriotismo alarmado**. La República era el régimen que mejor daba continuidad a sus ideales de 1905. En 1933 se le concede la Banda de la Orden de la República. Pero entre 1932 y 1934 compone *El mundo visto a los ochenta años* y allí Cajal, a pesar de los honores y reconocimientos, con su vida ya cumplida (morirá en 1934), expone su preocupación al sentir que su pasión españolista no es suficientemente compartida. Teme la desintegración de España, habla de la "atonía del patriotismo integral" y del auge del separatismo, camuflado de regionalismo. Para él lo importante es "orientar las voluntades hacia un fin común". Sobre su destino en una nación reacia a la ciencia, el histopatólogo Hugo Spatz, al hacer la necrología de Cajal, ha dicho estas hermosas palabras:

«A Ramón y Cajal le ha sido otorgado un destino que sólo muy excepcionalmente encuentra un investigador: su nombre fue y es conocido por todos los hombres de su tierra e hizo latir entre ellos el corazón de todos los patriotas. Cajal ha llegado a ser un héroe nacional de su pueblo... Las investigaciones de Cajal son incomprensibles sin la obra de los descubridores de la célula; pero, ¿se puede decir que el nombre de Schleiden y el de Schwann sean familiares a todos los alemanes? ¿Conoce todo alemán los nombres de Paracelso, Johannes Müller, Virchow, Pettenkofer, Robert Koch, y está orgulloso de tener estos compatriotas? Hay que dudarlo. ¿Por qué, pues, adquirió Cajal en su país celebridad tan singular? Las razones deben ser ante todo buscadas en su personalidad. Un joven español con quien yo hablaba hace años de Cajal, me dijo con ojos radiantes: ¡Es nuestro héroe! Creo que esta expresión recoge bien la esencia íntima de Cajal. Verdaderamente fue un héroe. Heroica era su apariencia, heroica la noble expresión de su lenguaje, heroico su ánimo para vencer toda suerte de obstáculos. Heroica fue, en fin, la meta de sus aspiraciones: lograr que el nombre de su patria fuera apreciado en el mundo entero. Y aunque esto pareciese imposible cuando comenzó sus investigaciones, tal meta ha sido alcanzada... Mientras haya hombres que se planteen el problema de lo que realmente acontece en el órgano del alma, será pronunciado su nombre.»

Cajal, nuestro héroe nacional, con un único ideal:

"Aumentar el caudal de ideas españolas circulantes por el mundo".

#### • **Menéndez Pelayo y el mundo clásico**

"Culto, archiculto y pluscuamculto" era don Marcelino, a quien Laín define como un historiador católico de las letras y las ideas, español y filoclásico. A pesar de su catolicismo militante, decía el sabio santanderino que "En arte soy pagano hasta los tuétanos". Conocía bien la cultura clásica como demuestra su producción erudita: *Historia de las ideas estéticas*, *Horacio en España*, *Biblioteca Hispano-Latina Clásica*, sus traducciones, su poesía... En el mundo clásico es Menéndez Pelayo "Marcelino en el país de las maravillas", dice Laín.

Sus creencias sobre el mundo clásico podrían reducirse a cuatro asertos:

1) la cultura clásica es armonía y serenidad, para los griegos el más nefando pecado es la *hybris* o desmesura, desproporción;

2) la cultura clásica es perenne modelo estético e intelectual, pues los griegos crean la idea de lo bello; Menéndez Pelayo propone sobre todo la imitación de Horacio;

3) la cultura clásica es inconciliable con las culturas no mediterráneas;

4) la cultura clásica es naturalmente armonizable con el cristianismo y en esto el paradigma por excelencia es, según Pelayo, fray Luis de León, que infunde espíritu cristiano a la materia pagana que le sirve de inspiración.

Laín, que admiraba a Pelayo, va sin embargo discutiendo cada uno de estos asertos y dándoles la vuelta. Sobre 1), la **armonía**, recuerda que Hegel hablaba del "torbellino de las vacantes" embriagadas (en la *Fenomenología del espíritu*) y Nietzsche, de lo dionisiaco (al lado de lo apolíneo) de la cultura helénica. Verla como solo proporción y orden es solo una forma de mirar, pero que excluye una parte importante de lo que Grecia fue. Lasso de la Vega habla de la *concordia discors* (concordancia en la discordancia) o armonía sucesiva del *mito* y el *logos* como característica definitoria de la cultura grecolatina.

Sobre 2), el **clasicismo**, copia unas palabras de Ortega, que transcribimos:

"Lo clásico no es lo ejemplar ni lo definitivo..., pero he aquí lo específico y sorprendente del hecho clásico. La humanidad, al avanzar sobre ciertos hombres y ciertas obras, no los ha aniquilado y sumergido...; queramos o no, se afirman frente a nosotros y tenemos que luchar con ellos como si fuesen contemporáneos. Ni nuestra caritativa admiración ni una perfección ilusoria y eterna hacen a lo clásico, sino precisamente su aptitud para combatir con nosotros. Es el ángel que nos permite llamarnos Israel. Clásico es cualquier pretérito tan bravo que, como el Cid, después de muerto, nos presente batalla, nos plantee problemas, discuta y se defienda de nosotros" (*O.C.*, IV, 522-523) "Grecia y Roma han perdido para nosotros el carácter de modelos (...), al morir como normas y pautas renacen ante nosotros como el único caso de humanidad radicalmente distinta de la nuestra... Grecia y Roma son el único viaje absoluto en el tiempo que podemos hacer. Y este género de excursiones es lo más importante que hoy se puede intentar para la educación del hombre occidental... Necesitamos acercarnos de nuevo al griego y al romano no en cuanto modelos, sino en cuanto ejemplares errores".

El hombre, dice Ortega, es necesariamente un error; si no lo fuese, no se rectificaría constantemente a sí mismo en el curso de su historia. Pero entre tantos otros, hay "el error de los que fueron los mejores", y éste es el que adquiere para la posteridad carácter "ejemplar". Nuestra relación con los clásicos no es, pues, un idilio, sino un combate agonal, una contienda.

Sobre 3), la **mediterraneidad** del clasicismo, dice Laín que la influencia grecolatina es importantísima en autores alemanes como Goethe, Hölderlin, los Schlegel... Recuerda, además, la importantísima filología clásica de Oxford y las universidades alemanas, así como el ejemplo irrepitible de Schliemann, el descubridor alemán de Troya.

Sobre 4), la **cristianización** del paganismo, recuerda Laín que hay quien piensa que la original metafísica cristiana no es helénica, sino radicalmente distinta de esta, si bien luego se mezclan ambas y el cristianismo asume el helenismo dándole una nueva dimensión religiosa. También recuerda que hay otros autores que opinan que no existe una única ética cristiana en su origen, sino varias.

Por todas estas matizaciones, Laín define a Menéndez Pelayo como un *puer senex*, un niño senecto y sabio, con sabiduría inocente y anhelo insaciable de saber. Pelayo no es nunca sombrero, pone pasión en sus descubrimientos, mira de frente, es ingenuo en sus representaciones de las cosas y no profundiza demasiado en sus esquemas mentales que construye sobre pocas ideas iniciales demasiado dogmáticas.

Pelayo solo ve la luz del mundo clásico, pero a Laín le gustaría contemplar en él las luces y también las sombras. Menéndez Pelayo, *puer senex, homo bonae voluntatis*.

- **El reverso de la regeneración**

Artículo muy breve en el que aflora la prevención de Laín hacia todo lo que significa populismo o folclorismo. A él le van solo las formas fuertes de pensamiento, las filosofías bien trabadas, la ciencia pura y dura.

Tras el Desastre del 98, en 1989 todos hablan de regeneración (Cajal, Menéndez Pelayo, Ribera, Olóriz...), inspirados en las ideas de los creadores del movimiento regeneracionista (Costa, Picavea, Paraíso). En política, destacan Maura y Canalejas. En teatro, el público ríe con las comedias benévolas de Vital Aza y llora con las tempestades retórico-morales de Echegaray y de un joven que empieza a pisar fuerte como autor para la escena, Jacinto Benavente.

Por el lado del pueblo, hay el reverso de este afán regeneracionista: el pueblo quiere reír y llama "Villapierde" a Villaverde, el ministro de Economía; ríe con los impuestos, se chanea con el ministro de Educación empeñado en hacer a los niños hablar latín ("—*Pater meus, mater mea*. —¡Cochino!"). Cierra el diario *La Vergüenza* y *El Liberal* aprovecha para el chiste fácil: "Nos quedamos sin Vergüenza". Se crea *El Cisco*, para hacer cisco.

Laín no se siente muy atraído hacia esa mezcla de zafiedad e ingenio, maledicencia y candor, insolidaridad y utopía. Él prefiere los intentos nobles, los proyectos bien fundados, las esperanzas asentadas en la seriedad del trabajo diario.

- **Las vidas de Unamuno**

Unamuno, vasco salmantizado, revive ahora en el magno libro de Emilio Salcedo, *Vida de don Miguel*. Un libro emovido y emoviente, conmovido y conmovedor.

A partir de él, habla Laín como teórico de la biografía de los problemas literarios que esta plantea y que él conoce bien, pues ha biografiado a Menéndez Pelayo y otros muchos autores. El relato de la vida en la biografía debe ser, como en la vida misma, desde el nacimiento hasta la sepultura, del vivir al morir. Pero como el biografiador conoce la vida del biografiado previamente, como tiene un saber previo sobre la figura y su sentido, la contemplación del biografiado se hace en sentido inverso, desde lo que fue hasta cuando no lo era.

Dice Laín que del biografiado se nos debe dar sus vidas complementarias (los "yoes" del personaje) y sus vidas sucesivas como niño, adolescente, joven, adulto y viejo, indicando además tres tipos de sucesos que puedan resultar fundamentales: un acontecimiento histórico, una enfermedad o un cambio de creencias. Pone como ejemplo lo que significó la Guerra de la Independencia para Juan Martín el *Empecinado*, la enfermedad mental para Vincent van Gogh y la conversión religiosa para San Agustín.

Es la vida una, a pesar de las etapas sucesivas por las que pasa cualquier ser humano, y fundada sobre la vocación personal.

Aplicado todo esto a Unamuno, dice Laín que tuvo cuatro vidas complementarias, como hombre agónico (luchador), pensador-poeta, reformador de España (*excitator Hispaniae*) y hombre de familia. Como agonista, luchó contra la incertidumbre y buscó siempre la fe perdida en sus crisis religiosas, intentando creer en algo que le permitiera su inmortalidad personal. Como pensador-poeta, tuvo necesidad de escribir su agonía, para sí mismo y para el público, con el objeto de obtener así algún alivio para sus crisis. Fue reformador social, crítico a veces violento, predicador laico y político a su modo. Como hombre familiar y conviviente, gozó con su mujer y sus hijos.

En cuanto a las vidas sucesivas, distingue Laín el periodo desde el nacimiento hasta la crisis religiosa de 1881; desde entonces hasta 1896-1897; desde esa fecha hasta el cese como rector en 1914; desde aquel momento hasta el regreso del exilio en 1930; y desde entonces hasta su muerte, el 31 de diciembre de 1936. De joven quiere Unamuno ser sabio y santo, es creyente. Luego, se hace descreído y "moderno", socialista y catedrático de griego. Vuelve a la fe y a las prácticas religiosas (pero fracasa) y pasa del europeísmo al casticismo. Cesa, más tarde, como rector y se opone fieramente a la dictadura de Primo de Rivera, por lo que sufre exilio. Regresa del exilio en 1930, vuelve a ser rector entre 1931 y 1932. En su etapa final, escribe *San Manuel Bueno, mártir*; muere su mujer Concha y, finalmente, muere él.

Unamuno fue un incitador de España, siempre estaba activo en los foros, también en los periodísticos, ejerciendo su influencia. Quería conseguir la inmortalidad de su propia persona. Tenía una enorme fe pedagógica que él enuncia en su célebre frase "Despertar al dormido". Como filólogo, todo lo que escribió está presidido por la luz de la palabra y el culto al verbo. Lo que más perdura en Unamuno es su fe. Al final exclamó eso de que tenía que "Vivir entre los *hunos* y los *hotros*" y termina haciendo una defensa de la inteligencia, a pesar de su irracionalismo y sus ataques a la razón.

- **Lo que para Baroja fue serio**

Baroja era un hombre descreído, amigo del sarcasmo, la ironía, el improperio. Todo lo tomaba por un lado intrascendente, sin seriedad, trivializándolo. Tenía, además, un carácter arisco del que le gustaba hacer gala. Sin embargo, cree Laín, haciendo suya la frase de Giner de los Ríos que tanto le gustaba repetir, que "La vida no es triste ni alegre; es simplemente seria".

Fue Baroja médico y aficionado a la antropología (le gustaba incluir la descripción antropológica de sus personajes, el tipo étnico). Apreció, a pesar de su aparente escepticismo total, la ciencia y su aventura humana de conquista. Le gustaba imprimir en sus escritos un aire de melancolía (Laín nos recuerda que esta palabra viene del griego *mélaina khôle*, "*bilis negra*"), melancolía que, según don Pío, era en él consecuencia de la vejez y también de la monotonía y limitación de la vida, ramplona y vulgar ante lo ilimitado.

Adoptaba Baroja una postura de resignación y cierta esperanza, a pesar de que para él la vida era fea y turbia, dolorosa e indomable y, a veces, llena del vacío existencial y con el absurdo como único horizonte de sentido. Pero para este escritor

descreído y pesimista, maniático y un tanto antisocial, zumbón impenitente, inventor de una tierra utópica (“una República del Bidasoa sin curas, ni moscas y sin carabineros”) lo importante era ser un “hombre de acción”, no porque uno tenga grandes ideales, sino porque sin movimiento la vida carece completamente de sentido. En Baroja, la vida es lo que vale. Y el trabajo, añade Laín. Como dice el Libertario de *Aurora roja* ante el cadáver de Juan Alcázar, “Ahora, compañeros, volvamos a nuestras casas a seguir trabajando”.

Baroja vivió, con todo, a pesar de todo, soñando, gruñendo, paseando, hablando y escribiendo tanto que fue un obrero de la palabra. Y ello a pesar de predicar con tanta gana la famosa abulia barojiana.

- **Azorín: el mismo, pero de otro modo**

Este artículo lo publicó Laín en el *Boletín de la Real Academia Española*, 53 (septiembre-diciembre 1973), pp. 469-477, y ahora lo incluye aquí.

*Azorín* llegó a decir que “la estética no es más que una parte del gran problema social”. En *Una hora de España*, el caballero viudo se hace sacerdote, tiene un hijo al que adora, estudia Medicina en Salamanca y vase luego a París y Flandes. El padre descubre sobre la mesa de trabajo de su hijo algunos libros heréticos, se horroriza, se oye entonces el picaporte de la puerta, imaginamos que es el joven que vuelve al hogar y... Nunca sabremos lo que ocurre, porque el escritor de Monóvar no nos lo cuenta. Pero podemos imaginar al autor desdoblado en el joven que fue, radical y revolucionario, y el viejo en que se convirtió “por asco de la greña jacobina”. El que fue y el que es ¿son o no la misma persona?

Laín reflexiona en este artículo sobre las sentencias latinas *non idem, sed alter* (ser otros, ser distintos de lo que somos ahora) e *idem, sed aliter* (ser los mismos, pero de distinta manera, a lo largo de la vida de cada cual) y cree que a *Azorín* le conviene más la segunda. El autor alicantino dijo en *La voluntad* (1902): “La realidad no importa, lo que importa es nuestro ensueño” y manifestó su empeño en lanzarse a una crítica total sin piedad, incluso de sí mismo, “el feroz análisis de todo”, como le gustaba decir.

A *Azorín* le debemos, concluye Laín, lo mejor de nuestra sensibilidad frente a la literatura, la historia, el paisaje y la realidad de la vida cotidiana española.

- **Niceto Alcalá Zamora, corriente arriba del tiempo**

“Dime lo que haces en tus vacaciones, y te diré lo que en verdad quieres ser; porque la vacación es —debe ser— el tiempo en que el hombre no está sujeto a la diaria coacción exterior de la vida negociosa. Dime cómo te conduces cuando el infortunio te oprime, y te diré lo que en verdad eres; porque los halagos de la fortuna suelen disfrazar de nobles a sujetos que no lo son. Hombre digno desde dentro de sí mismo mostró ser, en la hora decisiva del infortunio, don Niceto Alcalá-Zamora”.

Tal es el juicio que don Niceto le merece a Laín. Cuando recibe la noticia del alzamiento militar del 18 de julio, dice el presidente de la República:

“Lo que surgía era la odiosa guerra civil... que yo había querido impedir y tanto habían deseado unos y otros...”

Y apuntala Laín:

“La odiosa, la atroz guerra civil. Sangre a raudales en los frentes de combate y, lo que moralmente fue más grave, en las dos retaguardias. Bajo el ocasional, ineludible entusiasmo de los combatientes, dolor en tantas almas, ruina en tantas cosas”.

Laín elogia a don Niceto e incluye a Azaña entre los intelectuales dignos que tuvo España entre 1900 y 1930. Parte Laín de lo que don Niceto fue para llegar a lo que pudo ser, a lo que pudo haber sido España de haber ocurrido las cosas de otra manera. Don Niceto, hombre de las derechas, digno ante el infortunio. Hombre honesto, constitucional, conciliador y ponderado, en el juicio del eminente socialista Julián Besteiro y en el de un famoso periodista de izquierdas, “*Heliófilo*”.

Se pregunta Laín qué podría haberse hecho en España para evitar la guerra civil y responde:

- La derecha debería haber evitado la alianza con el Partido Radical y haber buscado el entendimiento con el Partido Socialista, además de haber aceptado la República.
- Los socialistas debieron haber buscado a los sectores de derechas más preocupados por la justicia social, en vez de haber creado un Frente Popular.
- La monarquía debería haber dado a los hombres ilustres de la izquierda (Pablo Iglesias y Largo Caballero) otra opción que la de ser republicanos, debería haber sido la monarquía de todos.

“¿Qué monarquías han perdurado en Europa, a través de las tormentas históricas del siglo XX? Aquéllas en las cuales se han cumplido dos condiciones, una negativa y otra positiva: pertenecer a un país que no ha sufrido una derrota militar grave y haber sabido incorporar el socialismo a su *establishment*, después de otra no menos importante incorporación anterior, la del liberalismo y la ciencia moderna. Muy otro habría sido el destino de la española, en el caso de haber seguido la misma senda. No la siguió, aceptó —o promovió— la Dictadura y dio lugar a la más o menos notoria defección de los políticos monárquicos verdaderamente liberales, verdaderamente demócratas y verdaderamente honestos”.

En España, entre 1900 y 1930, hubo una gran floración intelectual: Cajal, Menéndez Pidal, Unamuno, Asín Palacios, Ortega, Marañón, Américo Castro, Ors, Cabrera, Pi y Suñer, el diario *El Sol*, la Residencia de Estudiantes... Todas las grandes figuras fueron republicanas *a posteriori*, no *a priori*. Pero la postura de la monarquía les empujó hacia el republicanismo. El mismo don Niceto fue político monárquico, parlamentario brillante, ministro de la Guerra y de Fomento. Rival de la dictadura de Primo de Rivera, acabo declarándose republicano en un vibrante discurso en Valencia en 1930.

Dice Laín que el monarca actual, Juan Carlos I, es un monarca inteligente bajo el que cabrá esperar uno de los resurgimientos maravillosos de España:

“Ningún monarca posterior a Carlos III ha expresado una actitud ante la inteligencia española comparable a la del monarca actual en su discurso de Las Palmas”.

- **El cementerio civil**

Según dice Laín a María Rosario de Parada en el libro *Pedro Laín Entralgo*, Zaragoza, D.G.A., 1994, cuando se murió su hermano, José Laín, que había estado exiliado en Francia y Rusia y que había vuelto a España en los años cincuenta, lo enterraron en el cementerio civil, conforme a su voluntad marxista. Pero la contemplación de dos cementerios, uno civil y otro católico, es para don Pedro el síntoma de una división insalvable de las dos Españas.

Por eso escribe este artículo. Para plantear, no el problema de nuestra convivencia, sino el de nuestra conmorienencia. En el cementerio civil hay nombres valiosos de la historia española (Pi y Margall, Salmerón, Pablo Iglesias, Giner de los Ríos, Besteiro, Baroja, Américo Castro...) y por eso sería necesario recuperarlos, para salir de la división en dos Españas. Una escisión que comenzó, nos dice, con la Guerra de la Independencia y que ha sido funesta para nuestro país.

Laín, que dice preferir la cremación a la inhumación, desea unir lo que en Madrid separa una carretera, los dos cementerios. Y declara no estar tranquilo al pensar que quienes desean rendir homenaje a los fallecidos civiles deben hacerlo casi clandestinamente.

- **La España de Ortega**

En *Hacia la recta final*, informa Laín, en nota a pie de página, que este artículo ya lo había publicado en el libro colectivo *Historia y pensamiento. Homenaje a Luis Díez del Corral*, Madrid, Eudema, 1987. Ahora lo vuelve a publicar en este volumen.

Ortega, como otros de su generación siente el dolor de España, su ruina, su fracaso personal y colectivo después del Desastre de 1898. Quiere transformar España, mejorarla, sacarla de esos últimos tres siglos de error. Pide ideas claras, no misticismos al modo de Unamuno. Intelectuales o "lógicos", no "písticos". El filósofo siente cómo muere la España de la Restauración, "un panorama de fantasmas y Cánovas el gran empresario de la fantasmagoría". Lo mueve el altruismo intelectual, el esfuerzo por comprender y aprender de las equivocaciones del pasado.

Ortega creen en las minorías selectas que dirigen a las masas. Es su famoso aristocratismo. "En España no hay más que pueblo", dice, faltan las minorías selectas. España está oprimida por los muertos, él quiere revivirla, darle esperanza a base de europeísmo, con su "ideal de la eficacia". Para Ortega, no es necesaria la utopía, sino la acción inteligente. La eficacia pide límite y concreción, no infinitismo.

Apunta Laín una frase de otro gran hombre, don Miguel de Unamuno: "Decía Unamuno que la esperanza, como la fe, crea su objeto" (p. 149). Hay que devolverle la esperanza a la patria. Y ello, en la línea regeneracionista de Costa, que quería europeizar a España. Europa era escuela, despensa e higiene. Y si Europa era la ciencia, España representaba la inconsciencia. El camino para europeizarla no podía ser otro que la educación. El problema español, dirá Ortega, es un problema pedagógico. El filósofo no cree en el espontaneísmo, sino en la planificación. Y dice que la tarea educativa hay que comenzarla por la cima, con la instrucción de las élites que deberán dirigir el país.

Por otro lado, manifiesta su "voluntad de pura visión, de teoría", no quiere participar directamente en la acción política, pero sí orientarla. En aquel tiempo, hay en

España tres fuerzas progresistas: el mundo del trabajo, el de la inteligencia y los autonomismos. Y tres poderes reaccionarios: la Iglesia, el Ejército y la Corona, además de un lamentable caciquismo.

Dice que en España se ha producido la totalización muy pronto, por eso el país se unifica tempranamente cuando Inglaterra y Francia aún tienen luchas feudales. Ello se debe a que solo hay en España cabeza y pueblo, pero no demasiados nobles intermedios. Castilla ha sido el agente de la totalización de España y, al hacer España, se ha deshecho a sí misma. Frente a la totalización, surgen los particularismos, los nacionalismos o regionalismos. La masa, según Ortega, tiene resentimiento contra toda excelencia, carece de docilidad. En España todo lo ha hecho el pueblo y lo que él no ha hecho ha quedado sin hacer. Ha habido siempre una deficiencia de ejemplaridades, de hombres ilustres en los que poder mirarse

El aristocratismo de Ortega se radicaliza con el paso del tiempo. Llega un momento en que considera que la cultura democrática es una degradación de la individualidad. Su fórmula es "democracia y competencia". Habla de un pueblo decaído y chabacano.

En febrero de 1931 funda con Pérez de Ayala y Marañón la Agrupación al Servicio de la República. Pero la República le decepciona pronto, con los primeros episodios de quema de conventos, que lamenta profundamente. En septiembre de 1931 escribe su famoso artículo "¡No es esto, no es esto!". Cada vez se aparta más de la acción política y se entrega al trabajo intelectual. El octubre del 34 asturiano lo ve torpe y más torpe y brutal su represión por parte del gobierno. En el 36, se va al exilio y se entera en París de la muerte de Unamuno, al que cree que ha matado el dolor de la patria. Dice:

"Han muerto en estos meses tantos compatriotas que los supervivientes sentimos como una extraña vergüenza de no habernos muerto" (*Obras Completas*, V, 261) [citado por Laín en la p. 161]

Se exilia, pues, primero en París, seguidamente en Buenos Aires y Lisboa. Vuelve a Madrid en 1946 y es totalmente ignorado por las autoridades del régimen. Su última empresa fue fundar el "Instituto de Humanidades". Viaja por España con sus amigos (Julián Marías, entre ellos), trabaja mucho y triunfa en Alemania y Estados Unidos.

- **Lola Marañón o el arte de ser fiel**

Artículo necrológico en homenaje a la viuda de don Gregorio Marañón a quien admiró, estudió y conoció Laín. Lola Marañón le regala a Laín, en una ocasión, el reloj que fue de don Gregorio. El matrimonio era una pareja bien avenida y los dos eran antifranquistas, según nos dice el ilustre urreano. Para Laín, Marañón es un liberal (como él mismo) y hace suya la frase de Dionisio Ridruejo:

"Deberá haber liberales mientras haya hombres que deban ser liberados".

- **Mi encuentro con Américo Castro**



Dice Laín que los triunfantes en nuestra guerra civil humillan a los vencidos, en vez de procurar la concordia. Por eso eleva él su proyecto asuntivo y renovador que enlace la España liberal y la católica. Señala como los dos defectos inveterados de España el apelar a la guerra civil demasiado frecuentemente (defecto convivencial) y la escasa aportación española a la ciencia y a la filosofía (y a la música, cabría añadir).

Américo Castro, a quien encontró Laín alguna vez, es uno de los grandes renovadores de la historia española. Su prosa es brillante y sus puntos de vista, sugerentes. Según Castro, Europa se ha nutrido de savia hispánica en varias ocasiones: con Fernando de Rojas, con Hernán Cortés, con Cervantes, Velázquez y Goya, y eso a pesar de que España no cotiza en los valores de la física o la matemática.

El español no tiene generalmente vocación científica. Prefiere la hazaña personal heroica al dominio científico y técnico sobre el mundo que le rodea. Por otra parte, el gran defecto de España ha sido su aislamiento o segregacionismo intelectual, su clausura tradicionalista, su rechazo de la osadía intelectual. Ha sido así siempre, excepto durante el reinado de Carlos III, monarca ilustrado que hizo florecer las ciencias españolas para situarlas a un nivel casi europeo: los botánicos (muchos de ellos, aragoneses), los cosmógrafos, los químicos...

- **Juan Peset Aleixandre**

Menéndez Pidal, a los 90 años, aún hacía proyectos y cuando Laín le decía cómo tenía fuerzas, el maestro le respondía: "No hay joven que no pueda morir al día siguiente ni viejo que no pueda vivir un año más". Como dijo Dilthey, y Laín repite, la vida es una mezcla de azar, destino y carácter.

Peset fue maestro de Laín en la universidad de Valencia, un gran sabio, descendiente de una dinastía de médicos. Pertenecía a Acción Republicana y fue asesinado en la guerra civil. Una vida segada en lo mejor del camino.

Peset fue catedrático a los 24 años. Y más tarde, rector. Era doctor en Medicina, en Derecho y en Ciencias Químicas. Pertenecía a la generación de Marañón, Novoa Santos y Pittaluga, entre los médicos, y de Madariaga, Ors, Ortega, Pérez de Ayala, Américo Castro y Manuel Azaña, entre los intelectuales. La generación de los que querían europeizar a España, pero sin renunciar a la tradición española. La generación de aquellos que se impusieron una tarea colectiva y fueron capaces de crear instituciones tan importantes como la Junta para la Ampliación de Estudios, la Residencia de Estudiantes, el Instituto-Escuela, el Centro de Estudios Históricos, el Instituto Cajal, la *Revista de Occidente*, *El Sol*, el Institut d'Estudis Catalans, la Escuela de Bibliotecarios de Barcelona...

Peset escribió sobre medicina legal (que era su especialidad médica), química, epidemiología... Era un gran corpachón miope. Quería la República para España porque pensaba que era el régimen que necesitaba nuestro país. Los ganadores de la guerra civil no han perdido perdón por lo que hicieron, pero sí los vencidos.

- **Carta inconclusa a Dámaso Alonso**

Finge Laín que escribe al académico la mujer de uno de sus poemas, la cual supuestamente hace poco que ha fallecido y Laín nos ofrece lo que se supone cartatestamento dirigida al poeta-filólogo. Se identifica como la mujer que aparece en el poema "Mujer con alcuza", de *Hijos de la ira*. Y dice haber leído el poema que le dedica Dámaso y haberse reconocido en él y haberse también sentido reconfortada al ver que alguien la comprendía casi mejor que ella misma. El poeta la ve toda gris una tarde cuando ella vuelve con su alcuza de comprar un cuarto de aceite. La mujer va viajando

"en el enorme tren vacío  
donde no va nadie  
que no conduce nadie,  
(...)  
Y esta mujer se ha despertado en la noche,  
y estaba sola,  
y ha mirado a su alrededor,  
y estaba sola,  
y ha buscado al revisor, a los mozos del tren,  
y estaba sola,  
y ha preguntado  
quién conducía,  
quién movía aquel horrible tren.  
Y no le ha contestado nadie,  
porque estaba sola,  
porque estaba sola".

Los versos desarraigados de Dámaso Alonso la ayudan a sentirse acompañada y, mejor aún, comprendida.

- **Zubiri y el problema de Dios**

El artículo comienza con las frases de Hegel ("Dios está muerto") y Nietzsche ("Dios ha muerto") y termina proclamando la pervivencia de Dios. ¿Por qué? Pues porque para Laín

"Vivir es siempre "vivir hacia". El "hacia" es una dimensión esencial del vivir, no sólo hacia el futuro del viviente, también hacia el fundamento de su vida propia" (p. 192).

En su artículo, nos habla Laín de su admirado Zubiri, que estudió las posturas que uno puede adoptar ante el problema de Dios, cuatro según el filósofo vasco, y seis según Laín, si bien advierte finalmente que las dos últimas se pueden combinar con las otras cuatro, por lo que en el fondo vuelve al esquema de su admirado maestro.

Para Laín, el problema de Dios se puede encarar, pues, de seis maneras: como agnóstico, como despreocupado, como ateo, como teísta, como frívolo y como fanático. El agnóstico es el que dice "no sé si existe Dios", él lo busca pero no lo encuentra. El despreocupado es el que "pasa de Dios", es indiferente a la cuestión. El ateo va contra Dios, cree que la vida es suficiente. El frívolo es el inconsistente, el falto de seriedad y fundamento. El fanático el que no admite más opinión que la suya propia, bien por inseguridad o por cerrazón mental o por voluntad de poderío. Solo se siente seguro si anula al otro y puede llegar a ser peligroso. El teísta puede ser monoteísta, politeísta o panteísta y, aunque la fe sea siempre "la misma" -nos dice el urreano-, nunca puede ser "lo mismo" para todos: Dios significa algo distinto para cada uno, cada uno lo

comprende a su manera. El fundamento del teísmo es la fe, la creencia. Como dice el cardenal Newman, "Creer es ser capaz de soportar dudas". Y siguiendo a Sócrates (citado por Platón), diremos que "creer es un hermoso riesgo".

Zubiri elige la fe, pero la considera discutible y se muestra dispuesto en sus discusiones al "abrazo dialéctico con los discrepantes". Según él, lo bueno nos viene de Dios, que es todo amor. Para Zubiri, como para Laín, Dios no ha muerto.

- **Análisis espectral de Miguel Labordeta**

El análisis espectral consiste en poner incandescente una sustancia y averiguar cuáles son los colores elementales de la luz que emite. Para el poeta, su poesía es su luz. Labordeta dijo en una ocasión cuáles eran los componentes de sus versos:

"Analizadme: tempestad, pasión, locura, glaciación, amor, saliva, aburrimiento, ordenanzas municipales, arrasadas colinas, morir y otra vez amor impío... soledad con horchata de verano, océanos amargos y vida y juventud asesinada..."

Laín lo analiza como poeta-hombre en cuatro facetas: expresionismo, epicidad, personalismo y ansia de ultimidad. Y cita a Clemente Alonso Crespo, para quien la visión labordetiana del mundo es reducible a un cuadrilátero con cuatro vértices: Dios, Hombre, Verdad y Amor.

El expresionismo consiste en la voluntad artística de patentizar como mínimos elementos expresivos la realidad de una persona.. Hay por tanto descripción, directa o surrealista, de lo que se ve. Pero en Labordeta el surrealismo está al servicio del expresionismo, "es un camino hacia metas éticas y metafísicas", hacia el ser deseable y no alcanzado.

Hay en Labordeta, dice Laín, epicidad existencial, del día a día, del diario acontecer. En su poesía, traumatizada por la experiencia de la guerra civil, late un "¿Por qué?", es decir, un "¿Para qué?".

Hay también personalismo. El poeta se reconoce en lo otro y en el otro y hay en él la íntima necesidad de hacerse cuestión de sí mismo. El hombre está solo, existe segregado de todo lo que existe, pero a la vez es solidario de todo lo que le rodea. Como dijo Aranguren, dentro de sí mismo el hombre se siente ser "solidariamente solitario" y "solitariamente solidario". Hay en él cierta resonancia del lamento de Segismundo. Labordeta es poeta de los abismos y los espasmos de la nihilidad en un tiempo de existencialismo europeo a lo Sartre y Camus.

Es también hombre ansiante de ultimidad, porque en la ultimidad se halla la plenitud de lo vivido. Esa ultimidad es, para Sartre, absurda y cree que el hombre es una "pasión inútil". Pero para Labordeta, es alcanzable y hacia esa meta orienta su vida. La ultimidad puede concretarse a veces en la mujer-ensañación (en realidad, Labordeta es un soñador célibe y misógino) o, mejor aún, en la anhelada hermandad universal de todos los hombres. Labordeta da gracias por existir, incluso en este mundo tan limitado e imperfecto.

- **En torno a la libertad académica**

El profesor tiene libertad, pero también está obligado por su responsabilidad, debe responder del contenido de su enseñanza. Ni la libertad académica ni su negación tienen nunca valor absoluto. Ni absoluta ni inexistente. Todos los modos de pensar y de saber deben poder ser enseñados. Además, existen los profesores visitantes que pueden dar enseñanzas complementarias, incluso diferentes del punto de vista propio del profesor anfitrión. La amplitud enriquece a la universidad, pero se da escasamente en la universidad española. En la España franquista existió la llamada "depuración" y Laín se siente culpable, como otros, de haberla aceptado como práctica sin rechistar. También existió la llamada "adhesión" que se exigía a los nuevos profesores (al Movimiento Nacional, claro). Ante todo eso, Laín entona el *mea culpa* abiertamente, y lo dice así, sin rodeos: *mea culpa*.

Eso sí, dice que en el oscuro franquismo la Falange fue un reducto de "liberalismo intelectual". Él reivindicó, con otros, desde allí el magisterio de los *seniores* que no eran bien vistos por el régimen (se refiere al segundo Menéndez Pelayo y a la generación del 98) e intentó el aperturismo intelectual en la revista *Escorial*; también lo procuró en la universidad en sus tiempos de rector. Pero todo ello no le impide entonar una "leal palinodia", reconocer méritos y deficiencias y reclamar su derecho a opinar.

Laín critica que, desde 1939, la universidad española ha intentado mantener solamente las orientaciones derechistas del Movimiento Nacional, mediante mecanismos como la depuración y la adhesión, el nombramiento de tribunales formados por personas afines ideológicamente al régimen, el establecimiento de la obligatoriedad de la "Formación política" impartida por profesores directamente nombrados por el Movimiento y que actuaban como comisarios políticos en la universidad. Resultado: profesores acomodaticios, rutina intelectual, planteamiento de investigaciones aporreadas para el poder político, exclusión de la excelencia... En las Facultades de Filosofía ha habido "noluntad de orteguismo", dice Laín, deseo de aniquilar el pensamiento de Ortega. Pone como ejemplo la escandalosa reprobación de la tesis de Julián Marías en 1941. Si se juzga por la calidad de los discípulos de Ortega (Marías, Ferrater Mora, Gaos, Hierro...), el orteguismo merecía más atención. Y lo mismo podríamos decir de Zubiri.

Finalmente, apunta Laín que quizás conviniera distinguir en la universidad entre escuelas profesionales y facultades para futuros docentes y hombres de ciencia. Como se ve, la máxima exigencia la reserva para los que piensen en ejercer el magisterio, porque ellos son los que deberían, con mayor fundamento, dar razón diaria de su excelencia personal e intelectual.

- **Cataluña: lo que yo haría y lo que yo hago**

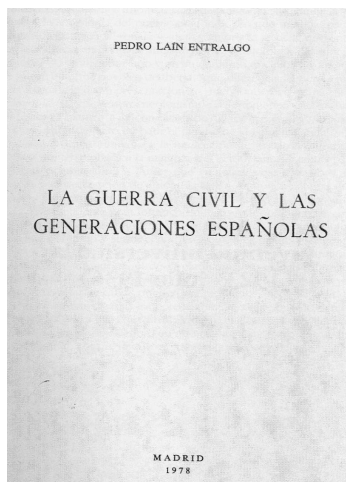
Tiene Laín temor a los separatismos. En Cataluña, la cuestión lingüística enciende los ánimos de todos. Lo mejor sería que en Cataluña todos supiesen hablar catalán y castellano y los usasen indistintamente. Imagina Laín qué haría si tuviera que dar clases en Cataluña y dice que intentaría que sus clases tuviesen gran nivel científico, que procuraría hablar la lengua de Verdaguier, pero sin renunciar jamás a la lengua de 250 millones de personas en el mundo, el castellano. Intentaría Laín conocer Cataluña, aceptarla, ofrecerle algo y exigirle también. Conocerla geográfica y culturalmente. Aceptarla en su especificidad. Ofrecerle a Cataluña la oportunidad de expresarse fuera,

en Madrid y en España. Exigir a Cataluña que en los centros educativos se enseñe a la vez en catalán y castellano.

- **La guerra civil y las generaciones españolas**

En *Hacia la recta final*, informa Laín, en nota a pie de página, que este artículo lo había publicado en el libro colectivo *Cambio generacional y sociedad*, Madrid, Karpos, 1978. En *La aventura de curar. La antropología médica de Pedro Laín Entralgo*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1997, de Nelson Orringer, en la bibliografía final que cierra el volumen, dice el profesor americano que este artículo también había sido publicado en *Tres Generaciones ante la Guerra Civil*, Madrid, Imprenta Aguirre, 1978, pp. 179-217. Ahora lo recoge de nuevo en el volumen recopilatorio que es *En este país* (1986).

La guerra civil comienza como un golpe de estado fracasado y fue tan traumática para los vencedores como para los vencidos. Dice Laín que es el "mal de los males de España" del que debemos curarnos. Pues todos los países han tenido alguna guerra civil: la de Cromwell contra Carlos I en el Reino Unido, la de La Vendée y la *Commune* en Francia, la de Secesión en Estados Unidos, la revolución de octubre en Rusia. Citando a Lucano, dirá nuestro escritor que la guerra civil tiene más de guerra que de civilizada: "Bella plusquam civilia".



En España ha habido enfrentamientos civiles desde la Guerra de la Independencia, hasta el punto de que se pregunta Laín si no se habrá transformado esta necesidad de aniquilar al vecino en un hábito psicosocial perdurable (a diferencia de lo que ocurre en otros países). Tras la Guerra de la Independencia, el liberalismo puso en peligro la instalación de la España tradicional en sus creencias y privilegios seculares, de ahí tantas guerras. Luego, aferrado al elitismo de Ortega, a su gusto por las minorías rectoras e ilustradas, dice Laín que un analfabeto de Villarrubia de Abajo poco tiene que ver con don Miguel de Unamuno, aunque por edad sean coetáneos.

El artículo repasa las últimas cuatro generaciones de españoles, hasta llegar a la del escritor que, en 1986, tiene 78 años, pero no piensa que haya pasado su tiempo, aunque ya está jubilado de la cátedra universitaria desde 1978.

La generación del 98 agoniza con la guerra civil. Unamuno y su cuasicristianismo agónico mueren, como Valle-Inclán y Maeztu, en 1936. Machado muere en el 39. Es una gran generación muy admirada por el maestro de Urrea: Baroja, Valle, los Machado, *Azorín*, Maeztu (menos querido), Falla Zuloaga, Pidal, Asín Palacios, Gómez Moreno, Benavente (de adscripción más discutible), Maragall (el catalán más próximo al grupo de Madrid)... Los noventaochistas quieren hacer la tercera salida del *Quijote* (o cuarta, según se mire), hacer salir a España ante el mundo, un país que tiene un hoy malo, pero un mañana bueno. Todos, menos Maeztu el reaccionario, aplaudirán la República. La guerra acaba con Machado, Maeztu, Unamuno y Valle. Los otros sobreviven: Baroja, retirado y escéptico, entre su casa de Vera y

Madrid; Pidal trabajando; Falla componiendo en la Argentina *La Atlántida*; y Azorín aislado en su exquísitez.

A la generación del 14 la llama Laín "del 13". Incluye a Ors, Ortega, Marañón, Pérez de Ayala, Ángel Herrera (cardenal, intentó europeizar el catolicismo español) y a los científicos y sabios Américo Castro, Manuel Azaña, Blas Cabrera, Rey Pastor, Pi y Suñer, Novoa Santos, Peset, Ramón y Melchor Fernández Almagro (a caballo entre esta generación y la siguiente), Sánchez Albornoz, Jiménez de Asúa y (¿por qué no?) *Piccasso*. Declara que la obra poética de Juan Ramón Jiménez siempre la ha dejado frío, no así su prosa.

La generación del 27 es eminentemente poética, incluye a Pedro Salinas, Guillén, Cernuda, Alberti, los filósofos Zubiri y Gaos, los filólogos Dámaso Alonso y R. Lapesa, los científicos Severo Ochoa, Jiménez Díaz, Rof Carballo, López Ibor, el arabista García Gómez, los historiadores del arte Lafuente Ferrari, Camón Aznar, el jurista Garrigues, el sociólogo y luego literato Francisco Ayala. En esta generación incluye Laín a los exiliados, Sender, Barea, Jarnés, María Zambrano, Rosa Chacel...

La generación del 36 es la de Laín e incluye a Miguel Hernández, Laín, Tovar, Ridruejo... Para Laín, esta generación hereda la extraordinaria floración intelectual de España entre 1900 y 1930, conseguida por el regeneracionismo y cuyo objetivo era mejorar a la patria, conseguir que se incorporase a la ciencia europea y, a la vez, europeizar al país y sus estructuras. Instituciones regeneradoras de la vida española fueron la Institución Libre de Enseñanza, la Junta para la Ampliación de Estudios, el diario progresista *El Sol*, el católico y europeísta *El Debate*, la Residencia de Estudiantes, la Revista de Occidente...

Pero todo se acaba con la guerra. Los vencedores no quieren europeísmo ni reconciliación. Los exiliados van regresando para cumplir con su destino nacional, pero muy lentamente. Vuelven Ortega, Marañón, Américo Castro, los mayores del 98. Ors vuelve de Francia en 1937 e inventa el Instituto de España, pero será expulsado de la secretaría perpetua de dicho Instituto por el régimen, por desafecto, retirándose a morir a Cataluña. Ángel Herrera, el cardenal que quiso europeizar nuestro catolicismo, también fracasa en su obra principal, el diario *El Debate*.

Muchos del 27 están en el exilio y prefieren quedarse a volver, al saber cómo los que han vuelto son ignorados por el régimen y relegados. Antes de la Guerra, muchos de ellos no eran estrictamente republicanos. Los había vuelto así la Dictadura de Primo de Rivera, impulsada desde la Monarquía. Estos autores se enfrentaban al problema de España, a su retraso científico y técnico, a las desigualdades sociales, a la corrupción, a la incultura de una parte importante de la población y veían que la República podía ser una solución, puesto que, desde la Monarquía, no se hacía nada por paliar el actual estado de cosas. Algunos se van hacia el comunismo (Alberti, Balbontín, Roces...) y otros al fascismo (Giménez Caballero, Ledesma Ramos, Sánchez Mazas, José Antonio Primo de Rivera...).

Cuando se terminó la guerra civil, eran muchos los jóvenes que tenían la esperanza de la reconciliación, los que pensaban dedicarse solo a la tarea de rehacer España. A esta generación del 36, pertenecen -entre los vencedores- Laín, Ridruejo, Tovar, Vivanco, Rosales, Torrente, Aranguren, Panero, José Antonio Maravall, Rodrigo

Uría, Díez del Corral, Ruiz-Giménez, Areilza, Ignacio Agustí, Martín de Riquer, Botella Llusíá, Federico Sopena, Álvaro Cunqueiro, José García Nieto, Antonio Hernández Gil, etc. Entre los vencidos Miguel Hernández, Julián Marías, Ferrater Mora, Salvador Espriu, Gabriel Celaya, Ricardo Gullón, María Josefa Canellada, Sáncnez Barbudo, Serrano Plaja, Germán Bleiberg, José Manuel Blecua, Juan Marichal, Fernando Chueca, Bueron Vallejo, Domingo García-Sabell, Grande Covián, Castilla del Pino, Tuñón de Lara, Guillermo Díaz-Plaja, Julio Caro Baroja...

Junto con Ridruejo, Laín intenta unir las dos Españas en la tarea común de reconstruir la patria. Quieren romper la estrechez cultural del franquismo, recuperar a figuras como Machado y los exiliados. Esfuerzos como *Escorial* ahí quedan.

La derrota del Eje en 1945 convierte a los vencedores de nuestra guerra en vencidos, les quita la razón histórica de ser. España languidece, envejece al ritmo de su Caudillo, cuyo aspecto se ve muy deteriorado físicamente desde 1970. El transcurso de la historia invirtió el resultado de la guerra, llevó a una desmitificación de la todavía llamada "Cruzada". El franquismo es, finalmente, la historia de un fracaso.

Por último, llama Laín a trabajar por España al modo de Cajal, con su lema "A patria chica, alma grande". El objetivo, como decía el sabio, debe ser "Aumentar el número de ideas españolas circulantes por el mundo".

\* \* \*

**E**n este país es una muestra del patriotismo crítico que anhelaba Laín. Porque amaba a su patria la reconvenía amorosamente y temía por ella, por su futuro cernido de sombras separatistas, por una posible vuelta a los enfrentamientos intestinos. Pudiendo elegir la comodidad, prefirió una crítica cultural "amable, por convivida", como decía su amigo Ridruejo, pero imparcial y firme, rigurosa siempre. Buscó una forma incómoda de hacer patria que, además de colocarlo en la picota, no siempre fue bien entendida. Algunos no le perdonaron que optase por el liberalismo en vez del pesebre. Otros lo querían más progresista y de su camarilla de lo que él deseaba ser. Mirar con inteligencia, sin prejuicios ni ataduras, sigue siendo imperdonable para la *troupe* de Caín.